

# El otoño en esta calle

Footfalls echo in the memory

T. S. Eliot

Esto es una calle que en otra calle  
desemboca,  
    río de rimas,  
delta de asonancias,  
    mar de estridencias.

El verde abre el motor  
del seco ronquido del automóvil.  
El rojo detiene a la cigarra:  
    zumba la tarde.

Anoche en sueños soñé tu cuerpo,  
la mujer que cruza la calle  
    ¿es un recuerdo?

Bajo por Fuencarral  
    hacia Gran Vía,  
no es un camino  
    recto,  
es la epilepsia  
    sin sorpresa.

El árbol, el perro, el ejecutivo,  
el kiosco con las noticias  
    que no he leído

los mil suicidios,  
el cielo sin límites del chamán.  
El Imperio del Sol Naciente  
produce más y más mimesis conflictiva.  
*No pagué la luz.*

    Anoche, a solas  
y la noche, me excedí con los whiskys,  
las vitaminas B<sup>1</sup>, B<sup>6</sup>, B<sup>12</sup>,  
en el bolsillo, y en el otro  
*El Arco y la Lira.*

Y en el río de la memoria  
los peces imantados por el aire.

Mientras desciendo por las escaleras  
metálicas del Metro, siento  
que el deseo tiene trescientos escalones

para subir al alféizar de tus mejillas:  
los trescientos escalones de la ciudad,  
la innumerable arena de los sueños,  
los trescientos peldaños de espuma  
para bajar a tu vientre,  
para subir por las torres de nubes  
de tus muslos.  
¿Hacia dónde? ¿Puerta del Sol?  
¿Las Delicias? ¿Cuatro Caminos?  
El tiempo se desliza  
por un pasillo oscuro.  
Los tiempos siempre fueron de crisis, amor mío:  
laberinto de negaciones,  
la historia.

Durante una, dos o tres estaciones  
nos miramos sin hablarnos:  
mis ojos tocan las caderas  
de la impávida adolescente.  
Ella lo ignora pero ¿y su cuerpo?  
¿El rito de su cuerpo y el rito del mío  
transmiten un rito que se ignora?  
*Hacia un saber del silencio.*  
A empujones salgo de mis pensamientos,  
salgo al día múltiple de mi historia.

«Aerolíneas, trenes y autobuses.  
Si le interesa el tiempo, México  
es el país que debe visitar»:  
brujos, hechiceros, astrólogos,  
oradores, pintores, poetas, nigromantes,  
y la Revolución

y el ¡carajo!  
abriendo el aire  
mientras las azafatas  
reparten los periódicos  
y nuestras horas dibujan un arco  
en mitad de la noche:

que x z al coatl

Vi una piedra, un fresno,  
el agua  
y el muro abrirse hacia el aire  
y más allá del aire, otra vez la medida  
por donde canta el viento.  
No es mala la forma

si en ella canta el agua,  
   aún mejor  
 si el canto horada o rompe el dique  
 y nos vamos con el agua,  
 con la rama tenaz  
 que hizo estallar, amigo mío,  
 el muro de tu infancia.

Se desata la lluvia:  
 las gárgolas dibujan  
 sobre el cristal del suelo  
 palmeras invertidas.  
 Un grupo de pájaros penetra  
 en los árboles de laureles.  
 Peces de madera bajo la lluvia.  
 En la plaza de los laureles  
 nadan palomas,  
   vuelan las palabras  
 entre los reflejos de la memoria.  
 Huelen a laurel  
 los nombres y sus accidentes.  
 Margaritas  
 y crepas de huitlacoques.  
 Como una metáfora el automóvil  
 de aquí para allá nos lleva  
 con música de Cage  
 y rumbosos quiebros de cadera.  
 Salta de entre mis manos  
   el pez

*made in Tasco,*  
   azul y rojo  
 como tus palabras esta mañana  
 en el hotel de la ciudad de México:  
 como el laurel y mis pensamientos  
 son instantes y pasan.

Me desperté pensando en la pirámide  
 redonda de la Luna,  
 tiempo encebollado  
   que nada oculta.  
 ¿Para salvar al Tiempo  
 destronaban al tiempo?  
 Pero un día los hombres  
 hicieron de la razón la rebelión;  
 pero un día los hombres

hicieron de la rebelión la Gran Razón.  
 Bajo los nombres los hombres  
 son devorados por los nombres.  
 Debajo de la piel del siglo  
 la sangre dibuja siglos de horrores.  
 Me tendí en el diván de herr psicoanalista  
 o de che sicoanalista,  
 aquejado de una sospecha sin fin,  
 y me preguntó:  
 ¿Qué o quién hay detrás de usted?  
 ¿Cuando usted decía lo que decía  
 por qué decía otra cosa?

En el Zócalo

¿vio la sombra de una forma o su ausencia?  
 ¿Por qué Hitler llegó al poder?  
 ¿Leyó en un muro de Berlín  
 escrito con letra firme *Don't future?*  
 Asentí mientras blandía el puñal.  
 Don Futuro, blanco como esta página,  
 cayó herido

vomitando el tiempo.

Caminé por el valle de México  
 pero no vi a Quetzalcoatl ni a Tezcatlipoca,  
 vi a hombres quietos o afanosos  
 que a veces estaban cerca o lejos,  
 gentes absortas en las naderías  
de los prodigios,  
 y gentes levantando  
 no impunemente,  
la piel de la realidad.

Cuando caía la tarde a solas vi  
 montañas como pirámides,  
 no talladas por la mano:  
 oficio lento del aire.  
 Miré la quietud del campo:  
 el cabrilleo del río  
 es tiempo y desaparece.  
 No habrá corazón ni sangre, pensé,  
 que hoy corre por las piedras:  
 la noche bate sus alas  
 y ambos nos vamos a dónde.

Siendo verdad mentía:  
 en la extensa piedra de la ciudad

aquel mismo día se ofrecieron corazones  
 en nombre de la exactitud  
 del octaedro. Y en nombre del amor  
 se promulgaron leyes homicidas.

*Ya muy de noche, al salir del pub  
 aquel de down town (New York) me dijiste:  
 «Esta es la Cosmococcica, Telegraph Co. Ltd.»  
 Años veinte, Miller y sus mensajeros:  
 volvimos a entrar al pub  
 cogidos de la cintura, fuera nevaba,  
 y pedimos más bourbon.  
 Cuántas veces, desde el Puente de Brooklyn  
 de tus ojos vi pasar el río de mi deseo,  
 las tardes ancladas en las orillas  
 y los bateaux-mouches de mi insomnio.  
 Y aquella misma noche te fuiste con otro,  
 para que el rito no tuviera fin.  
 Me acodé en la barra  
 y vi pasar el río,*

*sin mensajeros:*

*sólo un golpe de sangre  
 que busca rimar sus sílabas  
 antes de que termine el verso.  
 Y, afuera, la noche blanca:  
 Prince d'Aquitaine à la Tour abolie,  
 y el alcohol  
 de unos pechos dulcemente absurdos.  
 Volviste con una sonrisa  
 a la altura exacta de mi tercera copa:  
 Je t'aime, dijiste cuando volvíamos  
 y vi en tus ojos brillante la luz  
 del día derramándose sobre la ciudad.*

Estalla lentamente el vaso de agua,  
 el cilindro soleado que presidió mi tarde  
 mientras escribía despacio en este cuarto  
 (cabriolas de la luz ya sólo sombras).  
 Vibra la ciudad en las cristaleras,  
 taladran las sirenas de las ambulancias  
 los anaqueles de los libros.  
 El momento justo no será justo;  
 si su medida se cierra ¿quién lo habita?  
 El aire no es puro ni la medida  
 exacta.

Sigo el hilo del agua  
que emborriona mi tinta:  
se abren sus márgenes, ríos de selvas,  
callejeo del solitario.  
Cuando el día duerme  
hay plantas que despiertan,  
abren los ojos

en el bosque dormido:  
hay una abeja puntual  
que viene de lejos  
a su cita con la miel.  
¿Dónde has abierto tú los ojos,  
en qué calle o plaza?

Pasión no es geometría:  
se dilatan las palabras, se aguza  
el oído,  
se abren los muros.  
hacia los muros de otros cuartos  
donde la hora gotea.  
Resuenan pisadas en la memoria.  
Se levanta el aire con la noche.  
Bajo el árbol inmóvil se recogen las hojas:  
mariposas de tinta  
trazan bajo mis ojos el otoño.

Juan Malpartida